

## III

## UNA ESCENA DE « ORLANDO FURIOSO ».

Agotadas sus fuerzas por efecto de la prolongada inmersión, así como por el esfuerzo que le había sido indispensable realizar, Bernardo de Arma se abandonó, como hemos dicho, en brazos de la Providencia, dejando que el agua se lo llevase.

¿Cuánto tiempo permaneció á merced de la misma? Cosa es esta que el caballero debía ignorar toda su vida, porque luego de sentir persistente zumbido en los oídos é intensa cefalalgia, perdió en absoluto la noción de las cosas.

Cuando recobró al fin el conocimiento, hubo de creerse en pleno delirio.

Su cuerpo en efecto subía unas veces hasta la cresta de las olas, otras bajaba á los líquidos senos, y veíase de continuo agitado, llevado y traído como liviana pluma.

Poderosa ráfaga huracanada pasaba en aquel instante

sobre el lago que aparecía negro y pavoroso, y levantaba montañas de agua que, empujadas por otras, iban á barrer las orillas, mientras que más veloz que ellas, el viento que las levantara mugía horrisono en el alisar vecino.

Costaba á Bernardo no poco trabajo sostenerse en la superficie de las aguas en revolución, y no obstante su extraordinaria sangre fría, el joven se extrañaba y aun se alarmaba en presencia de lo súbito de aquella tempestad que nada hacía presagiar poco antes. Inquietábale la circunstancia de no encontrar la tierra firme, aunque llevaba nadando — por lo menos así lo creía él — bastante tiempo. ¿Habría el fenómeno geológico aumentado la extensión y la profundidad del lago?

Esto se preguntaba Bernardo, luchando en la obscuridad que le impedía darse cuenta de su verdadera situación, y adquiriendo en cambio la certidumbre de que la orilla parecía huir de él.

En realidad, el joven, agitado por la fiebre, nadaba en círculo.

Sin embargo, llegó por fin un momento en que sus pies tocaron la tierra. Lo cual no quiere decir que hubiesen concluído sus penalidades.

Encontrándose, como se encontraba en la imposibilidad de reunirse con Djaulia, custodio de sus ropas y de su espada, quiso, como hiciera otras veces en casos análogos, llamar al inteligente animal.

Pero sucedió que apenas modulara su silbido, un instrumento invisible pero sin duda alguna de proporciones monstruosas, se dejó oír, produciendo millores

30108

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

de sonos desagradables y ensordecedores, el eco de los cuales se prolongaba hasta perderse medroso en la campiña cercana.

Luego, del seno de las aguas, de las cañadas, de los árboles, de los jarales, de las rocas, del colosal castillo, de todos los puntos en fin de las tinieblas, surgieron al modo de llamas tenues y fugitivas, suspiros de difuntos ó fuegos fatuos.

Y ya que no para otra cosa, aquella iluminación sirvió para que el caballero pudiese encontrar sus ropas aunque no á Djaulia que debía custodiarlas, y que habíase sin duda refugiado en alguna parte, asustada por la discordante sinfonía de la tormenta.

Una vez vestido, Sed de Amor se dirigió hacia el viejo roble mutilado en parte por el fuego del cielo, sin que podamos decir si á él le llevaba la esperanza de encontrar tras el mismo á su yegua, ó la de encontrar el medio de acudir en socorro de Divina y de Glorieta.

Del misterioso y horrible instrumento de que hablamos antes continuaban escapándose sonidos cacofónicos, que semejaban unas veces gritos agudos y estridentes, otras quejas macabras de paquidermos agonizantes, ó voces estentóreas, vibradoras como las notas arrancadas á los címbalos. Dijérase la ensordecedora deflagración de un trueno enorme, un coro estruendoso de satánicas risas.

De pronto hacíase la calma, y á favor de la misma percibíase con extrañeza una sinfonía bucólica; repique de argénteas campanas en la colina, llamadas de cara-

milló, voces melancólicas, quejumbrosas, desfallecientes.

Luego renacía otra vez el tumulto, estallando en la plenitud de su delirante energía. Con seguridad que nunca habíanse despertado como entonces las voces increadas del aire y de la tierra, para armonizar en coro acordes tan salvajes.

La perturbación atmosférica y las lúgubres vibraciones eran producidas, como habrá adivinado el lector perspicaz, por los instrumentos cuya complicada composición era debida al genio infernal de Phtah Mansour.

Apenas la reina de las gipsias diera el grito de alarma, estalló en efecto el huracán formidable en torno al castillo de Chaumont, aunque sin rebasar ciertos límites, porque tanto la energía del arpa eólica como la de la máquina condensadora de las tempestades fueron dosadas de modo á mantener sus efectos en un radio de acción determinado.

Y como Sed de Amor no podía ni aun sospechar la existencia de tan diabólica superchería, no dejó de impresionarse por la mágica fascinación del extraño espectáculo, y esto hasta el punto de olvidarse de las dos desgraciadas mujeres á las que habíase propuesto arrancar de las garras de sus perseguidores.

Cesó por fin bruscamente el estrépito, al tiempo mismo que ardía de nuevo el foco subacuático. Y vuelto á la realidad de las cosas, el joven caballero abrió los ojos atónitos, dudando de si era cierto lo que veía, ó si se hallaba bajo la influencia de una nueva pasadilla.

En realidad, su duda resultaba muy comprensible.

Figúrese el lector que de las almenas del castillo, de las aspilleras, de las ventanas y torrecillas, colgaban recias cuerdas, el extremo de las cuales llegaba por unos sitios hasta el agua, por otros hasta el terraplén de la puerta murada; y que á lo largo de dichas cuerdas deslizábanse con ruido de armas y música de blasfemias y juramentos, verdaderos racimos de gitanos de caras patibularias y de siniestro aspecto. Un ejército, que no era otro que el mandado por el famoso Sed de Sangre.

¿Atacar á aquellos miserables, abuelos de los truhanes ilustrados por Callot? De nada le hubiera servido á Bernardo. Y puesto que nadie le habia visto, lo más prudente era esconderse tras el nudoso tronco del roble.

Inconscientemente, de la manera más natural del mundo, introdujo el caballero la punta del pie en la primera de las muescas practicadas en el tronco, y con la misma naturalidad subió la espiral de la rudimentaria escalera. Llegado á lo último de ella, hubo de detenerse para no caer.

El tronco estaba hueco.

Entre los bordes de una meseta circular abríase enorme boca, chimenea natural de un gigantesco caracol que se retorecía en la sombra é iba á perderse en las entrañas de la tierra.

— ¡ Muerte de mis huesos! — gruñó Bernardo. — He aquí la entrada de la jaula misteriosa. O mucho me equivoco, ó por este camino debe llegarse á la linterna del lago... Bueno, pues vamos allá.

Disponíase á penetrar en el tronco, cuando una extraña crepitación le obligó á volver la cabeza, y á asombrarse de nuevo.

Desde su elevado observatorio dominaba Bernardo, en toda su extensión, el lago luminoso; y habiendo convertido hacia él sus miradas, pudo ver algo que tenía mucho de prodigio. Hubiérase dicho que el agua hervía. Como sucede con la contenida en una cuba muy caliente, hinchábase, entraba en ebullición, y quedaba poblada de burbujas, pero de burbujas cuyas dimensiones eran proporcionadas á la importancia de la caldera.

Otra fantástica anomalía. Dichas burbujas, compuestas de una materia especial, no se deshacían al entrar en contacto con el aire, sino que surgían del líquido, como flotadores de corcho, y antes de caer de nuevo en el agua, abríanse en forma de cascarones de nuez que flotaban al punto, conteniendo cada uno de ellos un ser humano.

Sed de Amor pudo contar hasta una media docena de dichas barcas minúsculas.

Su asombro no podía ir más allá; todo cuanto le fuera dado ver y observar desde el momento de su llegada á aquellos parajes era de tal modo prodigioso, que ya le importaba poco un milagro más ó menos. Sin embargo, el último fenómeno le preocupó un momento, y creyó encontrar una explicación al mismo recordando la forma de la gigantesca boya submarina á la que hubo de agarrarse al bucear por la vez primera.

« Extraño instrumento » pensó entonces, al examinar la campana de hierro.

Era en verdad un instrumento extraño, pero cuya utilidad creía al fin comprender; porque, en concepto de Bernardo, las esferas habitadas de que acabamos de hablar debían haberse escapado por el orificio practicado en la parte superior de dicha campana.

— ¡Ventre del diablo! — exclamó después de madurada esta idea. — Si esos bergantes dejan el fondo de su guarida, es prueba de que, para capturarme, abandonan momentáneamente á las dos mujeres. Por lo visto, Sed de Sangre moviliza sus fuerzas de mar y tierra para apoderarse de mi persona... Aunque su propósito es halagador para mí, preciso es confesar que anduvo torpe al concebirlo, porque como es natural, yo voy á aprovecharme de esa salida de la guarnición en masa, para introducirme bonitamente en el castillo. ¡Corred, corred, lobos hambrientos, y buscadme por los alrededores cuando ya estoy dentro!

Así decía Bernardo, satisfecho de burlar á los bandidos cuyas operaciones combinadas iban dirigidas, en concepto suyo, contra su persona. Y diciendo y haciendo abandonó su observatorio, deslizándose acto seguido en las tenebrosas profundidades de la enorme chimenea formada por el árbol.

Luego de haber descendido como cincuenta escalones de madera, calculó que debía encontrarse al nivel del suelo. Efectivamente, los escalones que aún debió bajar luego eran de piedra, como los muros, de lo cual pudo asegurarse gracias al tacto, único modo de investigación de que le era dado disponer.

Al llegar á un descansillo no esperado, tropezó nues-

tro héroe ligeramente, y puso el pie en el primer escalón de un nuevo piso.

Una contrariedad sin duda, que no disminuyó en lo más mínimo el buen humor del joven, quien tan seguro se hallaba de jugar una mala pasada á Phtah apoderándose de sus prisioneras, que en vez de lanzar un juramento, se contentó con divertirse dictando órdenes á una servidumbre imaginaria.

— ¡Hola! — decía. — ¿No hay por aquí nadie? ¡A ver, luces! Bien podía recibírseme con los honores que me son debidos.

Detúvole en esto por segunda vez otro descansillo, en el cual acababa la escalera. Sed de Amor se orientó fanteando el terreno á derecha é izquierda.

Por todas partes encontró piedras unidas.

Encontrábase en una cueva cilíndrica cuya única salida parecía ser la escalera.

Dió por tres veces la vuelta á aquella jaula, y sus manos no encontraron otra cosa que el muro, macizo al parecer.

La cólera se apoderó entonces del ánimo del caballero.

— ¡Ventre del diablo! — gritó; — esta gentuza no conoce su deber de domésticos. ¡A ver, canallas, tunantes, pillos, bribones, traed antorchas y abridme la puerta, pero pronto, pronto!

Esta orden fué acompañada, algo imprudentemente tal vez, de un formidable puntapié dado en el muro. Y como la suerte acompañaba al caballero, sucedió que la bota de éste encontró por casualidad no la piedra

dura, sino la madera de una puerta que voló hecha astillas.

Ante Bernardo abrióse entonces la entrada de los subterráneos, esto es, un largo corredor, iluminado por lámparas colocadas de trecho en trecho en nichos practicados en la pared, recubiertos en la parte superior de un al modo de chimenea de amianto.

Sed de Amor no experimentó la mejor sorpresa al hacer su descubrimiento. Posible es que el buen Matraca, en circunstancias análogas, hubiese dado gracias á su buena estrella; pero Bernardo, olvidando que debía el resultado obtenido á la sola intervención de su zapato, se contentó con arengar á algunos seres invisibles.

— Enhorabuena, gentes ordinarias; — dijo. — Precisamente iba ya á enfadarme, cosa que me ocurre rara vez. Bueno, pues ahora voy á penetrar tranquilamente en vuestra casa, y os relevo del deber de acompañarme.

Puso en una mano su espada desnuda, empuñó en la otra una de las lámparas, por si se veía precisado á pasar por sitios no alumbrados, y adelantóse enseguida por el callejón adelante.

Dicho corredor, practicado en el yeso, prolongábase buen espacio en línea recta, para torcer enseguida bruscamente á la izquierda.

Seguíalo con precaución el intruso; sus manos, aunque ocupadas, rozaban las paredes, lisa la del lado derecho, y más rugosa la del izquierdo, como si se hallara cubierta de cemento. El polvo blancuzco que cu-

bría el suelo, ahogaba en absoluto el ruido de sus pasos.

Presentóse de pronto, á la derecha mano, una gran puerta de roble blindada, ante la cual se detuvo Bernardo, aplicando á ella el oído.

No se percibía detrás rumor alguno; el silencio de la tumba. Siguió pues su camino torciendo á la izquierda, al llegar al recodo de que hablamos antes.

Hundíase á trechos este segundo corredor, y á trechos parecía elevarse de nuevo hacia el suelo, correspondiendo cada uno de las diferentes planos así formados á la abertura de una cámara que era fácil investigar con la mirada, aun sin detenerse, pues ninguna de las puertas se hallaba cerrada.

A juzgar por su disposición y mobiliario, era fácil adivinar el destino de tales cámaras, y aun darles el nombre que les correspondía de derecho. Eran celdas de corrección, calabozos subterráneos, algo así como los *in pace*, en los que más de un judío y más de un burgués debió languidecer durante semanas y meses en espera de que fuera pagado el rescate exigido por su libertad.

Sed de Amor pasó sin detenerse. Nada tenía que hacer allí. Buscaba la habitación submarina y comenzaba ya á extrañarse de que le fuera preciso subir tanto sin descubrirla.

No tardó en encontrarse completamente extraviado en un dédalo de corredores ó callejuelas de mina, formando espesa red, que parecía multiplicarse hasta lo infinito; cuanto más procuraba orientarse, más perdido se veía.

— ¡Buena la he hecho! — pensaba. — ¿Habré de estarme aquí dando vueltas hasta la consumación de los siglos?

Y esto al decir reía, deseando rechazar la inquietud que empezaba á apoderarse de su ánimo. Pero esta inquietud iba sin embargo creciendo á medida que aumentaba la inutilidad de sus esfuerzos, y llegó al punto de que ya el sudor de la angustia humedecía sus sienes.

No es que inquietase á Bernardo su propia suerte, no; pero pensaba con verdadera desesperación en que su ilimitada confianza en sí mismo iba á privar á las dos desgraciadas mujeres del joven defensor á quien parecían esperar ambas.

Cansado de dar vueltas, dejóse al fin caer sobre un cofre murmurando:

— Estoy emparedado. Ni Divina ni Glorieta tienen ya nada que esperar de mí.

Pero una vez más, la Fortuna, su inseparable compañera, debía mostrarse en el momento oportuno.

Acababa apenas de dejarse caer en el cofre Bernardo, abandonando la lámpara que sostenía en la mano izquierda, cuando la llama de la misma prendió en un cordoncillo que el caballero no viera antes, por ser de color neutro.

— ¡Una mecha de mina! — exclamó el joven atterrizado. — ¡Ah, no! Eso sí que no.

Y apoderándose del cordoncillo apagó entre sus dedos el extremo que ardía, pensando al mismo tiempo:

— ¡Deliciosa aventura, como hay Dios! Esta mecha debe conducir á alguna parte; sigámosla.

Hízolo así en efecto, y pocos minutos después, guiado por el hilo conductor, consiguió salir del laberinto, y ver de nuevo el cielo coronando una línea de siniestras almenas, en parte derruidas.

Hallábase en el patio de honor del castillo de Chaumont.

Bernardo inspeccionó las fachadas, y tendió luego la oreja. Todo era sombra y silencio.

La caza al hombre había sin duda ocupado fuera á toda la partida de Sed de Sangre, y las dos prisioneras encadenadas, reducidas á la inmovilidad, debían hallarse custodiadas por algunos enfermos, juzgados inútiles para la batida que se daba allá fuera.

Deseaba Bernardo acabar cuanto antes, comprendiendo que cada minuto transcurrido disminuía la probabilidad del éxito de su empresa, acelerando el regreso de los que se hallaban en operaciones. De ahí que resueltamente, no sin mirar á todas partes y procurando oír todos los rumores, franquease el gran portal atravesando enseguida la sala de guardias, sembrada de jarros volcados, testigos mudos de la última orgía, de los que se exhalaba fuerte olor á cerveza.

Subió á saltos la escalera, hubo de recorrer enseguida algunos pasillos, trastornó el mobiliario de varias habitaciones, dió vuelta á la capilla transformada en templo de un culto demoníaco, visitó dormitorios, gineceos, polvorines, laboratorios y almacenes en los que amontonábanse los objetos robados, y llegó al fin al departamento que para su uso personal se reservara Phtah Mansour.

Grande fué su sorpresa en presencia del lujo oriental de las habitaciones de la gipsia; sin embargo, supo arrancarse á su contemplación para continuar sin descanso sus investigaciones.

Como nada pudiera descubrir en el castillo, quiso dar con la cámara submarina.

El hilo conductor de que se sirviera antes lo llevó de nuevo, á través del laberinto, hasta el cofre que fuera testigo de su cansancio.

Pero el cordón iba más lejos; siguiólo pues, y llegó ante la puerta de roble blindada.

¿Cómo derribar aquella puerta que parecía destinada á resistir á la fuerza de percusión de un cañonazo?

La casualidad acudió una vez más en auxilio de nuestro explorador.

Atormentado se hallaba el hilo conductor cuyo extremo se perdía bajo el tablero acorazado, cuando éste giró sobre sus goznes, descubriendo la sala hexagonal, la misma en que se desarrollara la escena entre vista por Sed de Amor.

Las cuatro lámparas provistas de reflectores estaban apagadas; pero Bernardo tenía aún en su mano la que tomara en el pasillo. Un examen previo le permitió reconocer la mesa de mármol, los muebles egipcios y todo lo por él entrevisto poco antes á través del bloque de cristal.

Pero no vió á las mujeres. Desconcertado por no encontrar allí á las que buscaba, dióse á examinar minuciosamente todos los rincones.

— ¿Dónde diablos pueden estar? — se preguntaba.  
— No es posible que se hayan volatilizado.

En esto llamó su atención el cilindro metálico flanqueado de máquinas guarnecidas de tubos de cobre.

— ¿Qué es esto? — hubo de preguntarse.

Y como observase indicado cierto juego en la puerta á prensa-estopa, la obligó á deslizarse por las ranuras que la engargotaban, introduciendo enseguida la lámpara en el hueco que quedó al descubierto.

Un chorro de agua fangosa, en el que flotaban residuos de plantas acuáticas que parecían aplastadas, llegó hasta él, obligándole á retirarse.

— Ya comprendo; — dijo. — Este es el compartimiento estanco que comunica con la campana submarina. Por ahí es por donde se han escapado hacia la superficie del lago las esferas con carga humana... Y quién sabe; tal vez han tomado también ese camino mi hermanita de adopción y la loca...

Era tan intensa la emoción de Bernardo, que hubo de buscar un punto de apoyo para no caer.

Un estrépito formidable que se produjo entonces en lo alto le obligó á levantar la cabeza.

Habíase apoyado Bernardo, sin darse de ello cuenta, en la palanca torneada, y como es natural, obediente á la acción del mecanismo, el telón de hierro se plegaba dejando al descubierto el bloque de cristal, via misteriosa por la cual llegó hasta la sala alguna luz fuertemente tamizada. En la superficie del lago se movían sin duda, yendo y viniendo, algunos puntos luminosos.

Sed de Amor, dilatadas las pupilas por el espanto,

procuraba en vano seguir los movimientos de aquellas luces.

¿Qué era lo que pasaba allá arriba? El no lo veía, no podía verlo, por impedírselo la capa de agua, cuyo espesor alcanzaba algunos metros. Sin embargo, de tal modo hubo de concentrar su voluntad poderosa en el esfuerzo visual, que venciendo las dificultades opuestas por las leyes de la óptica, consiguió distinguir, tal vez adivinar lo que ocurría. Ello es que lanzando un rugido en el que había tanto de rabia como de horror, y derribando cuanto encontraba á su paso, lanzóse fuera de la estancia gritando como un poseído;

— ¡Glorieta! ¡Oh, Glorieta!

¿Cómo, no obstante su turbación, acertó á torcer á mano izquierda? ¿Cómo pudo, sin romperse los huesos, subir de cuatro en cuatro los escalones triangulares trazados en espiral en el troneo del roble? Preguntas son éstas á las que no nos es dado contestar. Lo cierto, lo indiscutible, es que realizó tan supremo esfuerzo en menos de dos segundos.

Cuando llegó á la plataforma anular trazada en el punto de unión de la mitad viva con la mitad seca del roble secular, Sed de Amor tomó aliento un instante, lo indispensable para abarcar con la mirada, en su conjunto, el cuadro que á sus pies se desarrollaba.

¡Cuadro en verdad horrible!

Phtah Mansour, lejos de pensar en hacer perseguir al audaz buceador que se le apareciera poco antes á través del bloque de cristal, persuadida sin duda de que lo había obligado á huir la tempestad por ella desencade-

nada, habíase tomado la molestia de sacar del castillo á toda su tribu con el único objeto de hacerla asistir al grandioso castigo que se proponía infligir á la desdichada joven á quien una parálisis de la lengua inhabilitaba para la consecución de los proyectos de aquella furia.

Por orden suya, y no obstante las lágrimas y la trágica desesperación de la virgen rubia, de la mudita de azules ojos, ésta fué llevada, arrastrada, mejor dicho, al terraplén de la puerta tapiada.

Una vez allí, despojáronla de sus vestidos, dejándole tan sólo, como suprema ironía, los amuletos de marfil y plomo suspendidos á su cuello, y sujeta con argollas á la pared por las muñecas y los tobillos, sola entre cuatro hombres portadores de antorchas, la pobre niña, frente á la cual se hallaban la gipsia, su hijo y Divina la loca, quedó expuesta á las insultantes miradas de la turba de bandidos regocijados por el impúdico espectáculo.

Animado ó sostenido por los buenos sentimientos que integraban el fondo de su naturaleza, Renato Mansour, el hermano de Sed de Sangre, á quien se confundía con éste muy a menudo porque como él llevaba una cara postiza hecha á semejanza de la del condesito de Armañac, hubo de resistir al principio á su madre, negándose á cometer la infamia proyectada por ésta; pero poco á poco, en fuerza de mirar á la víctima, un cambio completo hubo de operarse en su interior.

Como lo previera Phtah, cuya ciencia del mal era innegable, la vista de los encantos que se le ofrecían, des-



perió los sentidos de Renato y con ellos la herencia atávica del vicio, la gota de hiel maldita que recorría aún sus venas casi purificadas, emponzoñando su sangre toda.

Turbia la mirada y la garganta seca como si un fuego demoníaco le devorase interiormente; alocado por los gritos de odio de Divina, quien creía ver en Glorieta á la ladrona de su hijo; conturbado el espíritu, zumbantes los oídos y las manos crispadas febrilmente, el joven marchó hacia la víctima expiatoria.

Entonces estallaron burlonas carcajadas que parecían llegar de todas partes, del agua, de la tierra, de las murallas. Los racimos humanos suspendidos á las cuerdas ondularon, se retorcieron, procurando no perder detalle alguno del abominable sacrificio que iba á consumarse. Danzaron en el lago las cáscaras de nuez y se organizó una ronda de antorchas. Los sátiros se abrazaban y se mordían. La aullante farándola rodeó el lago con diabólico hormiguelo.

Hubiérase dicho una inmensa serpiente de escamas hechas de armas y de harapos. ¡La orca, la gigantesca orca cantada por Ariosto!

Los bandidos que hacían eses á orillas del lago representaban la cola del monstruo, cuyo cuerpo era el conjunto de navecillas flotantes en el agua espumosa, y del que Renato, cuyas mandíbulas se abrían y cerraban nerviosamente, como las de los felinos á caza de un buen bocado, semejava la cabeza devorante.

Tal fué la visión dantesca que se ofreció á la contemplación de Sed de Amor al llegar éste á la plataforma

anular del viejo roble. Y entonces comprendió que la orca preparábase á divertirse con el cuerpo radioso de Angelica, representada allí por Glorieta la muda.

¿Dónde, dónde se hallaba Hipógrifo, el valiente Pegaso de Roger?

No le era posible equivocarse á Sed de Amor, acerca de lo que veía. Lo que estaba ante sus ojos era la exacta reproducción de los preliminares del drama de *la isla de los sollozos*, de la famosa escena grabada en el medallón que él mismo llevaba suspendido á su cuello.

Aumentaba el tumulto por momentos.

La desgraciada muda comprendía al fin, en aquel supremo instante, que había sido víctima de un error provocado por un parecido excepcional; y medio muerta de miedo, cerraba los ojos y abandonábase á su mísera suerte esperando el momento fatal.

La visión de la radiosa desnudez arrancó una blasfemia á los labios del caballero. Incapaz de analizar el doloroso sentimiento que le atenazaba el corazón, sentía que toda su alma contraíase, ocasionándole un dolor agudo, en el que entraban por mucho los celos que inspirábase la certidumbre de que cincuenta miradas libidinosas violaban en aquel momento el pudor de la virgen.

Entonces, disponiéndose á saltar, quiso darse cuenta de la distancia que le separaba del suelo.

¡Oh, dicha! Lo primero que vió fué á Djaulia, su yegua, que llegada al pie del roble, le miraba con sus grandes ojos redondos hinchando sus ijares, como si

pretendiera tranquilizarle de antemano respecto á los resultados del salto que se disponía á dar; y más lejos, por el camino del Temple, observó la presencia de dos jinetes que avanzaban á buen paso : Matraca y Cortomontel.

Bernardo saltó. El choque de su cuerpo conmovió algo á la yegua que se rehizo enseguida, y que, adivinando las intenciones de su amo, partió á escape, en galope huracanado.

Hombre y caballo penetraron como cuña de hierro en la hormigueante farándola de los bandidos en delirio.

— ¡Cur non! ¡Arma!

Cuando este grito de guerra fué lanzado por Bernardo, yacían ya en el suelo algunos muertos y agonizantes.

Chorreante la espada, rojo de sangre el pecho del bruto, de la sangre de la turba separada violentamente, lanzóse el centauro al lago y lo atravesó en algunas brazadas monstruosas, dispersando, hundiendo ó aplastando las cáscaras de nuez que se movían en su superficie.

Tal era la impetuosidad del caballero, que arrojada al agua Phtah Mansour no pudo siquiera verlo, hasta que, segundos después, tomaba tierra en la arena del terraplén.

Quiso Divina avisar del peligro inminente y á este efecto arrojó un grito; pero ya era demasiado tarde. Levantada del suelo por una mano de hierro y encapuchonada en sus propios vestidos, la loca se desmayó en el cuello de Djaulia, mientras que alcanzado por las

coces del inteligente animal en el preciso momento en que iba á tocar el cuerpo de Glorieta, Renato, describiendo en los aires una parábola, iba á hundirse en las aguas, en el extremo opuesto del lago.

— ¡Arma! ¡Arma!

A cada silaba un cintarazo; á cada cintarazo un hombre al suelo, ó un ojo de menos.

Ningún obstáculo separaba ya á Bernardo de la radiosa visión rubia.

Ella abrió en tal momento los ojos y sus mejillas se colorearon de vivo carmín.

¿Quién es capaz de explicar las anomalías del pudor femenino? Mucho más avergonzó á Glorieta la respetuosa mirada de Sed de Amor en aquel momento, que los cincuenta pares de ojos de sus cobardes insultadores, clavados poco antes en su desnudez con cínica complacencia.

Sin reparar siquiera en ello, Bernardo echó pie á tierra, y cortando con la daga las ligaduras que retenían los brazos y tobillos de la prisionera, quiso envolver á ésta en su capa á fin de poner pronto término á su explicable confusión; pero hubo de retroceder al punto titubeante, ebrio, perdida la cabeza.

Algo así como una quemadura mordía sus labios, y un collar de fuego anudábase á su cuello.

La mudita, en su alegría al verse salvada por segunda vez por el héroe de sus sueños, habíase lanzado sobre él con espontáneo movimiento, y anudando sus brazos á los robustos hombros, dádole un beso del que el joven debía conservar perdurable memoria.

— ¡Hermanita! ¡Mi hermanita querida! — pudo al fin balbucear. — Grande, muy grande es ese precio para lo poco que acabo de hacer por tí .. Déjame, te lo ruego; no me arrebatas con tus caricias las fuerzas de que tanto necesito para sacarte de aquí... Mira, esos malvados van á cortarnos la retirada...

En efecto, reunidos por Phtab, que parecía una euménide vomitada por la laguna Estigia, formábanse en círculo los bandidos, como si su propósito fuera el de envolver al autor del atrevido golpe de mano.

Desatáronse entonces los blancos brazos, y los azules ojos consintieron, no sin lanzar fugitivo relámpago de tal modo expresivo, que Sed de Amor, profundamente impresionado, hubo de pensar estremeciéndose:

— Esta niña me ama como yo amo á Solange.

Y apresurándose, pues el tiempo urgía, sujetó como pudo su capa sobre los hombros de Glorieta, la puso sobre la grupa de Djaulia y montó él á su vez.

— Sujétate bien á mi cintura, hermanita, — le dijo — porque se me antoja que el regreso va á ser un poco movido, y como tendré bastante que hacer, no me será posible ocuparme en sostenerte.

La yegua entró en el agua, llevando una vez más una carga aplastante. Pero era un animal infatigable con el que se podía contar en caso de apuro.

Iba ya á poner sus cascos herrados de plata en la orilla donde esperaban los enemigos, cuando detrás de éstos últimos resonaron de pronto enérgicos juramentos.

— ¡Animo y á ellos, barón! ¡Nada de cuartel, tripas de Lucifer! ¡Acabemos con esa canalla!

— ¡Acabemos con ella, vientre de pulga! ¡Será una plaga menos!

— ¡Arma! ¡Arma!

Atacados á retaguardia por Matraca y Cortomontel, los bohemios, en la imposibilidad de oponerse al desembarco del terrible justador cuyo heroísmo acababan de apreciar, se desbandaron, llevándose á su reina que vomitaba, impotente, terribles imprecaciones.

Media hora más tarde la yegua, bededora de vientos, descendía la pendiente de la calle de los Muertos en el arrabal San Lorenzo, escoltada por dos extravagantes jinetes, que no eran otros que nuestros antiguos conocidos Matraca y Cortomontel.

Sed de Amor se separó de Glorieta á la puerta de la casa del maestro Lafraicheur, después de dejarla confiada á los cuidados de Reinalda y no sin dar en secreto á cada una de ellas una cita para la noche siguiente. Enseguida, escoltado por sus guardias de cuerpo continuó el viaje hacia París, pues proponíase conducir á Divina á la Corte de los milagros é informarse allí ampliamente de todo lo relacionado con la desdichada mujer.

Por lo demás, ¿cuál de las dos jóvenes, Solange ó Glorieta, ocupaba mayor y más preferente sitio en el corazón de Bernardo? Él mismo no hubiera sabido decirlo. Acababa de experimentar algunos minutos de alegría no por silenciosa menos inefable, y hallábase aún bajo el peso de la emoción que le produjera el haber podido reproducir exactamente, ejecutándola á lo vivo, la extraordinaria escena dibujada en el medallón pendiente de su cuello.